

PABLO CERVERA BARRANCO

LAS LETANÍAS DEL CORAZÓN DE JESÚS

Escuela del hombre interior

Anexo

San Juan Pablo II
Meditaciones sobre las letanías
del Corazón de Jesús


FONTE
GRUPO EDITORIAL


EDITORIAL
MONTE CARMELO

Portada:

Marko I. Rupnik y Taller de Arte del Centro Aletti (Roma).
Cristo muerto en la Cruz. Via Crucis de Vrhpolje. Noviembre 2013.
Iglesia de los Santos Primo y Feliciano. Vrhpolje-Vipana (Eslovenia).
Foto cortesía del p. Marko I. Rupnik.

© 2020 by Pablo Cervera Barranco

© 2020 by Grupo Editorial Fonte

P. del Empecinado, 1; Apdo. 19 – 09080 – Burgos

Tfno.: 947 25 60 61; Fax: 947 25 60 62

www.montecarmelo.com

www.grupoeditorialfonte.com

editorial@grupoeditorialfonte.com

ISBN: 978-84-18303-06-7

Depósito Legal: BU-95-2020

Impresión y Encuadernación:

Grupo Editorial Fonte – Burgos

Impreso en España. Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionada puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

ÍNDICE

A MANERA DE PRÓLOGO	9
PREFACIO	13
INTRODUCCIÓN	17
1. Diálogo del corazón del hombre con el Corazón de Dios .	19
2. El marco de la letanía: Corazón de Jesús	25
3. El marco de la letanía: ten misericordia de nosotros	27
4. Corazón de Jesús, Hijo del eterno Padre	29
5. Corazón de Jesús, formado por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen Madre	31
6. Corazón de Jesús, unido substancialmente al Verbo de Dios	35
7. Corazón de Jesús, de majestad infinita	37
8. Corazón de Jesús, templo santo de Dios	41
9. Corazón de Jesús, tabernáculo del Altísimo	43
10. Corazón de Jesús, casa de Dios y puerta del cielo	47
11. Corazón de Jesús, hoguera ardiente de caridad	53
12. Corazón de Jesús, receptáculo de justicia y amor	55
13. Corazón de Jesús, lleno de bondad y de amor	59
14. Corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes	63

15. Corazón de Jesús, dignísimo de toda alabanza	71
16. Corazón de Jesús, Rey y centro de todos los corazones . . .	77
17. Corazón de Jesús, en quien están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia	81
18. Corazón de Jesús, en quien habita toda la plenitud de la Divinidad	85
19. Corazón de Jesús, en quien el Padre halló sus complacencias	89
20. Corazón de Jesús, de cuya plenitud todos hemos recibido	91
21. Corazón de Jesús, deseo de los eternos collados	95
22. Corazón de Jesús, paciente y de mucha misericordia	99
23. Corazón de Jesús, rico para todos los que te invocan	103
24. Corazón de Jesús, fuente de vida y de santidad	107
25. Corazón de Jesús, propiciación por nuestros pecados	113
26. Corazón de Jesús, saturado de oprobios	117
27. Corazón de Jesús, triturado por nuestros delitos	123
28. Corazón de Jesús, hecho obediente hasta la muerte	127
29. Corazón de Jesús, perforado por la lanza	131
30. Corazón de Jesús, fuente de todo consuelo	137
31. Corazón de Jesús, vida y resurrección nuestra	141
32. Corazón de Jesús, paz y reconciliación nuestra	145
33. Corazón de Jesús, víctima de los pecadores	149
34. Corazón de Jesús, salud de los que en ti esperan	155
35. Corazón de Jesús, esperanza de los que en ti mueren	161
36. Corazón de Jesús, delicia de todos los santos	167

ANEXO:**SAN JUAN PABLO II:****MEDITACIÓN DE LAS LETANÍA DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS . . . 171**

1. Corazón de Jesús, formado por el Espíritu Santo
en el seno de la Virgen María 173
2. Corazón de Jesús, del Hijo del Eterno Padre 175
3. Corazón de Jesús, formado por el Espíritu Santo
en el seno de la Virgen Madre 177
4. Corazón de Jesús, unido sustancialmente al Verbo de Dios 180
5. Corazón de Jesús, de majestad infinita 182
6. Corazón de Jesús, Templo Santo de Dios 184
7. Corazón de Jesús, horno ardiente de caridad 186
8. Corazón de Jesús, santuario de justicia y caridad 188
9. Corazón de Jesús, santuario de justicia y amor 190
10. Corazón de Jesús, lleno de bondad y de amor 191
11. Corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes 193
12. Corazón de Jesús, dignísimo de toda alabanza 195
13. Corazón de Jesús, rey y centro de todos los corazones . . . 197
14. Corazón de Jesús, en quien están escondidos
todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia 199
15. Corazón de Jesús, en quien habita toda la plenitud
de la divinidad 201
16. Corazón de Jesús, en quien el Padre
halló sus complacencias 203
17. Corazón de Jesús, de cuya plenitud todos hemos recibido 206

18. Corazón de Jesús, deseo de los eternos collados	208
19. Corazón de Jesús, paciente y de mucha misericordia	210
20. Corazón de Jesús, rico para todos los que te invocan	212
21. Corazón de Jesús, fuente de vida y de santidad	214
22. Corazón de Jesús, propiciación por nuestros pecados	216
23. Corazón de Jesús, saciado de oprobios	218
24. Corazón de Jesús, despedazado por nuestros delitos	220
25. Corazón de Jesús, hecho obediente hasta la muerte	222
26. Corazón de Jesús, traspasado por una lanza	225
27. Corazón de Jesús, fuente de toda consolación	227
28. Corazón de Jesús, vida y resurrección nuestra	231
29. Corazón de Jesús, paz y reconciliación nuestra	234
30. Corazón de Jesús, víctima de los pecadores	236
31. Corazón de Jesús, salvación de los que en ti esperan	239
32. Corazón de Jesús, esperanza de los que en ti mueren	242
33. Corazón de Jesús, delicia de todos los santos	245
BIBLIOGRAFÍA	249

A MANERA DE PRÓLOGO

Escribo estas palabras en la pleamar de una pandemia, término seguramente desconocido por la mayoría, que imagino nos costará olvidar, y cuyo fruto más tangible es la muerte humana sin defensa, y la ruina de millones de planes y proyectos. Nuestra tierra sigue siendo un valle de lágrimas, pero el estado del bienestar intentaba hacernos autosuficientes, sin necesidad de ser salvados. Y sin darnos cuenta habíamos sembrado de ídolos nuestra vida.

Tal vez muchos se habían olvidado de rezar, y eso deja huellas. De mi infancia, en pleno mundo rural, carente de muchas cosas que ahora nos parecen absolutamente necesarias, conservo el recuerdo de algo tan simple como las «rogativas»: en la guerra, en la sequía, en las epidemias del ganado o de las personas, en la inseguridad social, etc. Todo eso nos hacía acudir al Dios y Padre del cielo con procesiones a campo abierto, como un viacrucis en el que todos ocupábamos el puesto de los dos ladrones: «¡Señor, ten piedad!». Esta vez nos han fallado las campanas; y las imágenes de Cristo crucificado, o de la Virgen patrona, madre amorosa.

Este libro llega oportuno, a un paso del mes de junio. Escrito como quien dice a dos manos –el P. Pablo Cervera y san Juan Pablo II–, nos recuerda que nuestro Dios ha querido tener un corazón humano como el nuestro, que vive ahora, y que se conmueve con esta plaga sobre buenos y malos, sobre justos y pecadores. Queda clara la sencillez y la eficacia de una oración litánica, repetitiva, dicha o cantada en común por quienes nos reconocemos como los desterrados hijos de Eva. ¿Tal vez habíamos perdido el respeto a la simple oración vocal, a los rezos populares brotados en tiempos de desgracia, aunque por parte de Dios siempre es hora de gracias para quien tiene «iluminados los ojos del corazón» (Ef 1,18)? ¿O habíamos olvidado, quizás menospreciado, eso de la piedad, que por cierto es un don del Espíritu Santo?

Me alegra ver que en este libro quedan también patentes las raíces bíblicas de las letanías al Corazón de Jesús: en los títulos con que lo invocamos y en la petición de misericordia que imploramos. Estamos inmersos en la Palabra de Dios por los cuatro costados... Si las rezamos dignamente, sin atropellarnos, habremos hecho caso a san Efrén, que en su *Comentario al Diatessaron* (los cuatro Evangelios) escribió: «No pretendas, irreflexivamente, beber de un sorbo lo que no puede agotarse de un sorbo; ni te desentiendas por pereza de lo que puedes beber poco a poco». ¡Algo bueno se nos contagiará! Y aprenderemos a gustar los salmos que, al menos en fragmentos, suenan con ese estilo inconfundible

de humilde letanía, de diálogo de corazón a Corazón. Pongo un ejemplo y termino:

«Yo te amo, Señor, tú eres mi *fortaleza*, / Señor, mi *roca*, mi *alcázar*, mi *libertador*; / Dios mío, *peña* mía, *refugio* mío, *escudo* mío, / mi *fuerza salvadora*, mi *baluarte*. / Invoco al Señor de mi *alabanza* / y quedo libre de mis *enemigos*» (Sal 18,2-4).

MANUEL IGLESIAS, S.J.

PREFACIO

Con este pequeño librito culmino una especie de trilogía que fui preparando como ayuda pastoral y espiritual en el Año 2019, Centenario de la Consagración de España al Corazón de Jesús¹.

Las *Letanías del Corazón de Jesús* son mucho más que un elemento devocional. Precisamente por eso he intentado hacer ver en este comentario las bases bíblicas, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, que sostienen a cada una de las invocaciones. La riqueza es sorprendente. Las letanías nos zambullen en el misterio vivo de Cristo que ama a la humanidad, a cada hombre en particular, que tiene deseos de ser correspondido en

¹ El primero, a modo de cimiento teológico y espiritual, ha sido L. M^a MENDIZÁBAL, *En el Corazón de Cristo. La Consagración* (Monte Carmelo, Burgos 2019); el segundo brinda a sacerdotes y pueblo de Dios un subsidio oracional para acompañar la espiritualidad del Corazón de Cristo. P. CERVERA, *Oracional con el Corazón de Cristo* (Monte Carmelo, Burgos 2019, ²2019). Ambos han tenido una inmensa acogida, lo que es de agradecer y revela lo enraizada que está en la Iglesia en España esta espiritualidad tan viva y actual.

su amor (consagración) y que, debido a nuestro pecado plasmado en la herida de su Corazón, quiere ser reparado y recompensado en su amor herido y no correspondido por nosotros (reparación).

Muchos de estos comentarios aparecieron en la revista Agua Viva, del Centro de Espiritualidad en el Corazón de Cristo (Valladolid), a petición de su director Mons. Francisco Cerro, obispo de Coria-Cáceres, y presidente de Instituto Internacional del Corazón de Cristo. Cuando desapareció la publicación en papel han seguido publicándose en la web de dicha revista. Además, por deseo del Delegado del Apostolado de la Oración en Toledo, Pelayo Rodríguez Ramos, compañero de clase en los años del Seminario, de modo resumido han servido durante varios años como elemento formativo y espiritual incluido en las hojas mensuales de dicho Apostolado del Oración, que llegan a bastantes diócesis de España.

Al reunir las ahora siento una gran alegría por el bien que puedan seguir haciendo estas páginas y no puedo menos que agradecer cordialmente al Grupo Editorial Fonte – Monte Carmelo el esfuerzo y esmero con que ha acompañado la publicación de estas obras.

En su momento, seguí de cerca las explicaciones que san Juan Pablo II iba haciendo de cada una de estas letanías y se me abrió el apetito de prolongar y ampliar

un día sus meditaciones². Aquí está, pues, ese apetito saciado al que adjunto en anexo, con una traducción mía, las meditaciones del santo Papa que tantos años nos lo regaló el Señor en su Iglesia.

Mi agradecimiento al P. Manuel Iglesias por anteponer a estas páginas su palabra afectuosa y autorizada.

PABLO CERVERA BARRANCO

18 de mayo de 2020

Centenario del nacimiento de san Juan Pablo II

² Nótese que la repetición de la explicación de dos de las letanías (*Corazón de Jesús, formado por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen Madre* y *Corazón de Jesús, santuario de justicia y caridad*) no es un error, sino que san Juan Pablo las explicó dos veces en circunstancias distintas.

INTRODUCCIÓN

Repetir muchas veces a la propia madre o al propio padre que se le quiere no tiene por qué significar caer en rutina o aburrimiento. Por el contrario, dicho con el corazón, expresa el verdadero cariño filial.

Recitar una letanía puede convertirse en algo reiterativo y rutinario si no brota del corazón. Las letanías son alabanzas, no lanzadas al aire o al vacío, sino dirigidas a alguien vivo: a Cristo, de corazón palpitante, o a la Virgen, Madre gloriosa de corazón palpitante a la que fuimos confiados por su Hijo.

La letanía es una oración breve de súplica, de alabanza; una invocación que ha estado presente desde el Antiguo Testamento hasta nuestros días, ya sea en la liturgia o en la oración privada. Las letanías más conocidas y empleadas son las de la Virgen, al final del rezo del Rosario, o las dirigidas al Corazón de Jesús, especialmente durante el mes de junio a él dedicado.

Las actuales letanías del Corazón de Jesús fueron aprobadas como tales por el papa León XIII. Eran el punto de llegada de las que se fueron gestando desde las apariciones de Paray-le-Monial. Se trata de 33 in-

vocaciones que evocan los 33 años de vida terrena de Jesucristo. Tienen un rico humus bíblico que las hace especialmente aptas para la reflexión individualizada y para la meditación personal.

Los comentarios que se irán sucediendo en estas páginas pretenden adentrar al lector en el misterio del Corazón del Hijo de Dios a través de dichas letanías. Se trata de «una oración maravillosa, concentrada en el misterio interior de Cristo: Dios-Hombre», «verdadera escuela del hombre interior³: la escuela del cristiano» (SAN JUAN PABLO II, *Ángelus*, 27 de junio de 1982). Son oración de veneración y diálogo auténtico. Las letanías «hablan del corazón y permiten que nuestros corazones hablen con ese único Corazón» (ibid). Rezadas así se convierten en escuela del hombre interior. Ojalá nos adentremos en el misterio de la redención y la recitación de las mismas nos haga sensibles a la necesidad de reparación: unirnos a Cristo que nos abre el Corazón.

³ El título de este libro se debe, pues, a san Juan Pablo II.

1

DIÁLOGO DEL CORAZÓN DEL HOMBRE CON EL CORAZÓN DE DIOS

Las letanías al Corazón de Jesús son una forma de oración vinculada al mes de junio. «*El mes de junio* está dedicado, de modo especial, a la veneración del Corazón divino. No sólo un día, la fiesta litúrgica que, de ordinario, cae en junio, sino todos los días» (SAN JUAN PABLO II, *Ángelus*, 27 de junio de 1982). Pero no sólo: por eso son escuela de oración para todo tiempo.

Como escuela de oración se centra en lo nuclear. El trato con la persona de Jesucristo en su centro más hondo: su corazón. «Es la oración maravillosa, integralmente centrada en el misterio interior de Cristo: Dios-Hombre» (*ibid*).

Las letanías recogen expresiones de la revelación divina (así la oración no es puramente subjetiva ni pietista-devocional) pero responden a lo más hondo del espíritu de todo ser humano. «Las letanías del Corazón de Jesús se inspiran abundantemente en las fuentes bíblicas y, al mismo tiempo, reflejan las experiencias más profundas de los corazones humanos. Son, a la vez, oración de veneración y de diálogo auténtico» (*ibid*).

Se trata, pues, de un diálogo entre el Corazón de Dios, que se ha abierto al hombre en la revelación, y el corazón del hombre que acoge esa intimidad ofrecida, y la alaba y agradece. «Hablamos en ellas *del corazón* y, al mismo tiempo, dejamos a los corazones hablar con este *único Corazón*, que es “fuente de vida y de santidad” y “deseo de los collados eternos”. Con el Corazón que es “paciente y lleno de misericordia” y “generoso para todos los que le invocan”. Esta oración, rezada y meditada, se convierte en una *verdadera escuela del hombre interior: la escuela del cristiano*» (*ibid*).

La centralidad de esta oración no sólo hace referencia a los «dos corazones» que se ponen en juego (el de Dios y el del hombre), sino que se focaliza en el núcleo de la fe cristiana: la persona de Cristo y su obra redentora y la respuesta a que se nos llama: «¿Tú quien dices que soy yo? ¿Qué he hecho por ti... qué harás por mí? «Al rezar las letanías –y en general al venerar al Corazón Divino– conocemos *el misterio de la redención* en toda su divina y, a la vez, humana profundidad. Simultáneamente, nos hacemos *sensibles* a la necesidad de *reparación*. Cristo nos abre su Corazón para que nos unamos con Él en su reparación por la salvación del mundo. *Hablar del Corazón traspasado* es decir toda la verdad de su Evangelio y de la Pascua» (*ibid*).

Es momento, pues, de aprender y aprovechar este lenguaje de oración y amor.

He aquí las 33 letanías que iremos comentando para sacar de ellas el mayor provecho espiritual.

I.

1. Corazón de Jesús, Hijo del eterno Padre.
2. Corazón de Jesús, formado por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen Madre.
3. Corazón de Jesús, unido substancialmente al Verbo de Dios.
4. Corazón de Jesús, de majestad infinita.
5. Corazón de Jesús, templo santo de Dios.
6. Corazón de Jesús, tabernáculo del Altísimo.
7. Corazón de Jesús, casa de Dios y puerta del cielo.
8. Corazón de Jesús, hoguera ardiente de caridad.
9. Corazón de Jesús, receptáculo de justicia y amor.
10. Corazón de Jesús, lleno de bondad y de amor.
11. Corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes.
12. Corazón de Jesús, dignísimo de toda alabanza.
13. Corazón de Jesús, Rey y centro de todos los corazones.

II.

14. Corazón de Jesús, en quien están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia.
15. Corazón de Jesús, en quien habita toda la plenitud de la Divinidad.
16. Corazón de Jesús, en quien el Padre halló sus complacencias.

17. Corazón de Jesús, de cuya plenitud todos hemos recibido.
18. Corazón de Jesús, deseo de los eternos collados.
19. Corazón de Jesús, paciente y de mucha misericordia.
20. Corazón de Jesús, rico para todos los que te invocan.
21. Corazón de Jesús, fuente de vida y de santidad.

III.

22. Corazón de Jesús, propiciación por nuestros pecados.
23. Corazón de Jesús, saturado de oprobios.
24. Corazón de Jesús, triturado por nuestros delitos.
25. Corazón de Jesús, hecho obediente hasta la muerte.
26. Corazón de Jesús, perforado por la lanza.

IV.

27. Corazón de Jesús, fuente de todo consuelo.
28. Corazón de Jesús, vida y resurrección nuestra.
29. Corazón de Jesús, paz y reconciliación nuestra.
30. Corazón de Jesús, víctima de los pecadores.
31. Corazón de Jesús, salud de los que en ti esperan.
32. Corazón de Jesús, esperanza de los que en ti mueren.
33. Corazón de Jesús, delicia de todos los santos.

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo,
Perdónanos, Señor.

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo,
Escúchanos, Señor.

Cordero de Dios que quitas el pecado del mundo,
Ten misericordia de nosotros.

VI Jesús manso y humilde de Corazón

R/ Haz nuestro corazón semejante al tuyo.

Oremos

Dios todopoderoso y eterno, mira al Corazón de tu querido Hijo y las alabanzas y satisfacciones que te ofreció en nombre de los pecadores, y concede propicio el perdón a los que imploramos tu misericordia, en el nombre de tu Hijo Jesucristo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo Dios, y es Dios por los siglos de los siglos. *Amén.*

2

EL MARCO DE LA LETANÍA: CORAZÓN DE JESÚS

Todas las letanías del Corazón de Jesús están enmarcadas con dos expresiones: «Corazón de Jesús» y «Ten misericordia de nosotros».

La repetición puede dar apariencia de monotonía y, sin embargo, encierra una gran riqueza teológico-bíblica que se encuentra a lo largo de toda la Sagrada Escritura. Iremos viendo que el avance de las letanías es como un oleaje progresivo. Mientras tanto el marco mencionado permanecerá en su sencillez y ayudará a expresar la grandeza humano-divina del Corazón de Jesús: de su persona, desde su interioridad, y de su amor ilimitado al hombre, su misericordia, simbolizado en ese mismo corazón.

La palabra corazón es palabra primordial (*Urwort*, decía Karl Rahner) en la literatura de todos los pueblos. De ahí que no exija grandes explicaciones, pues pertenece al acervo más nuclear de los pueblos.

En la Biblia, el corazón es órgano material corporal del hombre pero su significado culmina al ser símbolo de lo invisible o insondable (1 Sam 16,7): de lo externo y visible a lo interior y espiritual. Muchos textos

recogen el significado de centro de la vida psíquica con toda la gama de sentimientos (Sal 55,5), ideas (Gén 17,17) y anhelos (Is 10,7). Al mismo tiempo es centro que establece las relaciones con Dios y con los hombres, unas veces acercándose (Prov 3,5) y otras alejándose (Gén 6,5) de ellos.

En el Nuevo Testamento la dimensión material pierde su importancia, y «corazón» y hombre se identifican: se alegra (Jn 16,6), se complace en el mal (Mt 6,21), se paraliza o se pone en movimiento (Lc 24,25.32), se obstina ante la luz (Rom 1,21).

Este planteamiento psicológico-espiritual se traslada a Dios ya en el Antiguo Testamento (1 Sam 2,35; Sal 33,1). En el Nuevo, la evocación del corazón sólo se refiere a Dios Hijo (Mt 11,28-30). Su mansedumbre y humildad se identifican con su ser-amor: «Como el Padre me amó, así os he amado yo» (Jn 15). El amor de entrega a los hombre es ese «Corazón de Jesús» al que reiterada, pero nunca monótonamente, invocaremos en cada letanía.

3

EL MARCO DE LA LETANÍA: TEN MISERICORDIA DE NOSOTROS

Todas las letanías del Corazón de Jesús están enmarcadas con dos expresiones: «Corazón de Jesús» y «Ten misericordia de nosotros». La invocación «Corazón de Jesús» nos catapulta confiada e insistentemente hacia la misericordia divina. La petición gravita en torno a la impotencia humana y al poder divino: sale del hombre y se dirige directamente a Dios.

El Antiguo Testamento está transido de esa invocación que se hace en favor propio, en favor del pueblo... Se trata, por una parte, de un grito de angustia, pero que también encierra una honda carga de confianza. Los profetas lanzaban la invocación cuando el pueblo estaba al borde de la ruina (Is 33,2; Jud 7,20; Ecl 36,1).

La súplica se repite con insistencia casi obsesiva en el libro de los salmos, la mayoría de las veces de modo individual. Sal 123,3 es la excepción. Las circunstancias en la que se apela a Dios con angustia y confianza son muy variadas: cuando el enemigo persigue la propia vida (Sal 4,2), cuando los amigos huyen, cuando falta el apoyo social (Sal 86,3), en casos de enfermedad, calumnias, conjuras, (Sal 6,3; 31,10; 56,2), sentimiento de culpabilidad por el pecado (Sal 41,5).

«Ten misericordia» es una llamada que, en el Antiguo Testamento, parte de lo profundo del corazón humano hacia el Corazón del Padre. La presencia de Cristo en la plenitud de los tiempos (Gál 2,22) reconduce esa invocación al Corazón amoroso del Hijo. Él mismo nos invitará a dirigirnos a su Corazón: «Venid a mí... aprended de mí que soy manso y humilde de Corazón» (Mt 11,28ss). El Corazón personifica a Jesús y lo hace como símbolo del amor. Los evangelistas recogen multitud de ocasiones en las que los interesados urgen la compasión del Señor para que cure (Mt 20,34), «ponga su mirada sobre el hijo» (Mc 9,22; Lc 9,38). Todas ellas evocan el «ten misericordia de mi hijo» que recoge san Mateo (17,15). «Ten misericordia de mí» brota de la boca de la cananea (Mt 15,22), del ciego de Jericó (Mc 10,48; Lc 18,38), de los dos ciegos, de los diez leprosos (Mt 9,27; 20,30; Lc 17,13).

«Ayúdanos», «pon tu mirada sobre nosotros», «ten misericordia de nosotros»: siempre invocamos el poder de quien es Señor y Maestro, Samaritano de la humanidad:

«Él, en su vida terrena, pasó haciendo el bien y curando a los oprimidos por el mal. También hoy, como buen samaritano, se acerca a todo hombre que sufre en su cuerpo o en su espíritu, y cura sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza»⁴.

⁴ MISAL ROMANO, *Prefacio común VIII*.

4

CORAZÓN DE JESÚS, DEL HIJO DEL ETERNO PADRE

La primera letanía al Corazón de Jesús nos viene de la eternidad y nos quiere insertar en ella. «Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy» (Sal 2,7): son palabras que salen, desde toda la eternidad, de la boca del Padre hacia el que, en el tiempo, será Jesús, Salvador de los hombres.

En el Antiguo Testamento Dios habló por los profetas. Ahora, en el Nuevo, su Palabra será su Hijo, su persona, su vida, sus enseñanzas (Heb 1,1-5). Los profetas, los ángeles... quedan muy por debajo. Ninguno de ellos escuchó las palabras citadas del salmo, sólo el Hijo. Y en Él nos dijo todo lo que nos tenía que decir y se quedó como mudo (SAN JUAN DE LA CRUZ, *Subida Monte Carmelo*, libro II, cap. 22). Nunca se podrá decir que Dios calla o hablar del silencio de Dios: el Padre eterno, «Alfa y Omega» (Ap 1,8), «principio y fin» (Ap 21,6), que «vive por los siglos de los siglos» ha proferido a su Palabra eterna, su Hijo, aquel por quien es Padre desde toda la eternidad y con la colaboración de María se ha hecho carne. Bastará que nos volvamos una y otra vez a este Hijo, a Dios con corazón humano, para que

sepamos que Dios nos habla de modo vivo porque Él está «vivo para siempre y para interceder por nosotros» (Heb 7,24-25).

La encarnación supone nuestro acceso, a través de Cristo, al Dios insondable, a la Trinidad Santísima, al Padre. Es la mayor «genialidad» que Dios pudo tener para con nosotros: hacerse a nosotros, a nuestro modo humano, para que nosotros nos hiciésemos a Él, accediéramos a Él. Dios, que «habita una luz inaccesible» (1 Tim 6,16), ha querido abrazar el corazón humano de un hombre, Jesús. Y por Jesús, el Padre se acerca a nosotros: «por Cristo, con Él y Él» no es el final retórico o mecánico de las oraciones litúrgicas, sino el acceso cristológico que el Padre nos ha dado en su Hijo pontífice (= *pontifex*, puente que une dos orillas, Dios y los hombres).

La filiación divina de Jesús la revelan todos los evangelios: se dirige al Padre de modo inaudito para los hombres: «Abbá» (Mc 14,36). Se presenta como el «Hijo unigénito de Dios» (Jn 3,16), que hace la voluntad del Padre (Heb 10,5-9), unido e inmanente al Padre (Jn 6,57; 8,16).

Como tal Hijo lo confiesan el Bautista, Natanael («Tú eres el Hijo de Dios»: Jn 1,34), Pedro («Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo»: Mt 16,17), san Pablo (Rom 15,6), Juan («Jesús, Hijo del eterno Padre»: 1 Jn 1,3; 3,23, 4,14s) e incluso el centurión romano («Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios»: Mc 15,39).

5

CORAZÓN DE JESÚS, FORMADO POR EL ESPÍRITU SANTO EN EL SENO DE LA VIRGEN MADRE

Desde la eternidad que contemplábamos en la anterior letanía rezamos ahora a quien ha dado el salto de gigante del cielo a la tierra. «Mayor salto hay del cielo a la tierra en la Encarnación, que de la encarnación a la cruz» (Luis de Góngora). Del seno del Padre sin madre al seno de la Virgen Madre sin padre.

Dios respeta las reglas que ha escrito en la creación: un hombre debe nacer fruto del amor. Por eso, Cristo nace del amor de una madre y de otro amor proporcionado a su dignidad de Dios, el Espíritu Santo persona-Amor en la Trinidad. El corazón divino-humano de Jesús tiene en el origen de su generación como hombre tanto el amor humano de María como el Amor divino del Espíritu: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti... El Santo que va a nacer...» (Lc 1,35). En la misma línea lo que Mateo recoge dicho a José por el ángel: «José, hijo de David, no temas recibir a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados» (Mt 1,20-21).

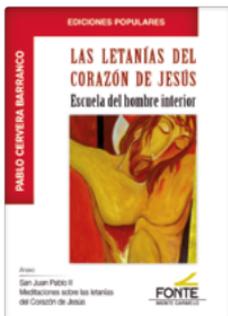
Así se comprende que el ser de Cristo sea todo amor. Dios-amor lo envía: «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo unigénito» (Jn 3,16) Y el motivo de ese envío no fue la condenación de la humanidad, sino la redención: «Dios no envió a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él» (Jn 3,17).

Cristo baja del cielo: «Nadie ha subido al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del Hombre» (Jn 3,13). Esa «bajada» es un salir del seno del Padre, por amor, al encuentro de la humanidad, en la concreción irrepetible de cada persona humana: «Salí del Padre y vine al mundo» (Jn 16,28). En esta «salida» ve la Iglesia la preexistencia eterna de Cristo y su divinidad. Cristo lo confirma: «Habéis creído que yo he salido de Dios» (Jn 16,27). Comenta san Agustín al respecto: «Porque así salió del Padre, al venir al mundo, de modo que no dejó al Padre, no por esto debe parecernos increíble... Porque salió del Padre, porque procede del Padre; vino al mundo, porque manifestó al mundo su cuerpo que tomó de la Virgen» (PL 35,1898s).

De la concepción sobrenatural en el seno de María parte todo el desarrollo progresivo del organismo humano de Cristo: su Corazón se forma y late como origen de su naturaleza humana, y como símbolo y sede de toda su actividad intelectual, volitiva y afectiva de cara al Padre y en relación a los hombres.

«La vida de Cristo ha sido puesta enteramente bajo el signo del Espíritu... Es el Espíritu quien dirige los pasos de Jesús... María colaboró con Él como madre y educadora...En el Corazón de Cristo brilla la obra admirable del Espíritu Santo. En él se hallan también los reflejos del corazón de María»⁵.

⁵ SAN JUAN PABLO II, *Ángelus* 2-VII-1989.



LAS LETANÍAS DEL CORAZÓN DE JESÚS.
Escuela del hombre interior

Pablo Cervera Barranco

Seguir leyendo

6€ [Comprar](#)

